

BALMES,
¿QUE DIRÍA HOY?

por

JUAN ROIG Y GIRONELLA, S. I.

*Director de "Balmesiana", Profesor de Metafísica
en las Facultades de San Francisco de Borja.*

(Conclusión) (*).

(*) Véase en VERBO 91-92 los epígrafes I a IV de este importante estudio, que aquí concluimos al publicar los epígrafes V a VIII, ambos inclusive.

**DE "BALMES, ¿QUE DIRIA HOY?", apareció
en VERBO 91-92:**

UNAS PALABRAS AL LECTOR.

- I. EN MEDIO DE LA GUERRA DEL LIBERALISMO.**
- II. AUTOAFIRMACION DE BALMES PARA LA LUCHA POR LAS GRANDES VERDADES.**
- III. SU FILOSOFIA DE LA HISTORIA: EL PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATALICISMO.**
- IV. LA LIBERTAD A LA LUZ DE LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA.**
- V. LA FILOSOFIA DE BALMES: FILOSOFIA "DEL HOMBRE ENTERO".**

y, se publica en este número:

- VI. SOCIOLOGIA Y POLITICA: EL FOLLETO "PIO IX".**
- VII. EL ULTIMO MENSAJE.**
- VIII. ¿QUE DIRIA HOY?**

VI

SOCIOLOGIA Y POLITICA: EL FOLLETO "PIO IX"

1. Estudios sociales.

Balmes no fue sólo filósofo; ha sido considerado por alguien también como periodista, porque sin que en su tiempo existiese el periodismo en la amplitud que tiene hoy día, no obstante con sus revistas periódicas *La Civilización* (iniciada por él, en colaboración con otros compañeros en 1841), *La Sociedad* (fundada por él solo y anunciada el 15 de febrero de 1843) en sustitución de la anterior, y por último *El Pensamiento de la Nación* (periódico político que fundó en Madrid y publicó desde el 7 de febrero de 1844), Balmes puede con todo derecho ser considerado en uno de los aspectos de su múltiple actividad como un periodista de su tiempo (74).

Estas mismas revistas encierran también principalmente los escritos sociales de Balmes, que han hecho decir a su biógrafo, P. Ignacio Casanovas, que en ellos "están los principios de una sociología fundamental" (75).

Especialmente interesantes son aquellos cuatro artículos que publicó con el título de *La Civilización*, porque en la primera mitad del siglo pasado esta palabra era usada como santo y seña para los fines más opuestos y muy confusos: "¿Qué es la civilización? ¿Hállase todavía fijado con debida exactitud el sentido

(74) En la *Bibliografía balmesiana* (citada en la nota 29) los números de publicaciones en que se habla de Balmes como periodista abarcan del núm. 1.243 al 1.254.

(75) Prólogo a la publicación de sus estudios sociales, BB XI, 5; BAC V, 452.

de esa palabra, tan invocada por los gobiernos, orgullo de tantos pueblos, objeto de tanto examen, fecundo tema de tan fastidiosas declamaciones? Decir que no, casi tendría visos de paradoja, y, sin embargo, nada hay más cierto" (76).

Hoy día tomamos a veces la palabra "civilización" como opuesta a "cultura", es decir, reservando la primera para un estado de avance técnico, utilitario, y la segunda para un sentido de saber desinteresado, en que caben las bellas artes tanto como la historia o hasta a veces cierto buen comportamiento social. Pero en tiempos de Balmes la palabra "cultura" no tenía tan frecuente uso como hoy y por ello quedaba más impreciso el sentido de la palabra "civilización"; y en cualquier caso, quedaba muy relegado el sentido de avance "moral".

Balmes, que, como hemos visto repetidas veces, tenía un sentido profundo de totalidad, de objetividad, de examinar las cosas por todos sus lados, combate estas definiciones unilaterales.

En algunos de sus párrafos da a veces la impresión de que tenga ante sus ojos nuestras sociedades de hoy día, con estas masas de gamberros (los "teddy boys" en Inglaterra, o "blousons noirs" en Francia) de gente descontenta y en continua protesta, mientras los rodea una sociedad supercivilizada en que el hombre que trabaja tiene seguros para todo; todo lo tiene asegurado, menos algo que le libere de esta desazón y malestar íntimo que le causa no saber por qué y para qué vive y que le hace descontento y hastiado hasta de la misma abundancia: a los pueblos "sólo se les dice *moveos*, sin decirles *cómo*; *marchad*, sin decirles *adónde*. Y los pueblos se mueven y marchan, pero adelantando muy poco, menos de lo que parece creíble, porque su movimiento es convulsivo y su marcha circular. Fijad la vista sobre ellos, y, ora atendáis a las formas políticas, ora a la organización social, los hallaréis dudosos, vacilantes, deshaciendo hoy lo que hicieron ayer, restaurando mañana lo que destruyeron hoy" (77). En una palabra, lo que falla es la *motivación*, los principios.

(76) *La Civilización*, artículo 1.º; BB XI, 17; BAC V, 457.

(77) *Ibid.*; BB XI, 21; BAC V, 459.

Sin motivación han perdido los motores nobles y firmes que los llevarían a saber que la vida vale la pena de ser vivida y por qué; y por más sustitutivos y paliativos que busquen, ya con la obsesión del sexo, ya con el mundo alucinante de las drogas, ya con el bienestar técnico, no dan al hombre supercivilizado de hoy aquella serenidad que quizás pueblos técnicamente menos civilizados poseen; y no sólo por los casos de inercia, sino por su mayor hondura moral.

Por esto se ha hecho famosa aquella definición que propone Balmes, y que desarrolla ampliamente sobre la civilización, con estas palabras en que se reflejan los rasgos más típicos de Balmes: "queremos actividad, queremos desarrollo de las facultades del hombre, queremos movimiento, pero no vago, no convulsivo, no tumultuoso; gústanos una civilización variada, rica, pródiga de hermosura como la naturaleza, pero en que haya unidad y concierto, que, sin embargar el movimiento, sin impedir el desarrollo, produzcan el bien, la belleza y la armonía" (78).

¿Y cómo se definirá la meta ideal a que con una sólida motivación hay que tender? Así: "Ese tipo nosotros le concebimos teniendo presentes los monumentos de la historia y las lecciones de la experiencia, la naturaleza del hombre y de la sociedad, y, sobre todo, las eternas leyes de orden y de moral impuestas al mundo por su Criador, y las santas máximas de amor y de fraternidad enseñadas al humano linaje por el augusto Fundador del cristianismo. Procuraremos formular nuestro pensamiento con la mayor claridad y concisión; hele aquí: *Entonces habrá el máximo de la civilización cuando coexistan y se combinen en el más alto grado la mayor inteligencia posible en el mayor número posible, la mayor moralidad posible en el mayor número posible, el mayor bienestar posible en el mayor número posible.* He aquí los elementos que han de entrar por necesidad en la verdadera civilización, he aquí la norma para apreciar debidamente cuándo los pueblos avanzan o retroceden, he aquí una luz para explicar

(78) Ibid.; BB XI, 29; BAC V, 463.

singulares fenómenos de la historia y para augurar con algunas probabilidades de acierto el porvenir de las naciones" (79). Y a continuación en los artículos siguientes examina la necesidad de cada uno de estos tres elementos (inteligencia, moralidad, bienestar) combinados y generalizados, como bello ideal de la civilización.

Por esto la situación en que se encontraba en aquel tiempo Inglaterra, en que, como dice "muchos trabajan para pocos, que el lujo insulta a la miseria" (80), estaba lejos de aparecerle a Balmes como ejemplar de nación civilizada.

Termina este estudio aludiendo a la moralidad, sin la cual también cunde la revolución, cuyo término es con frecuencia, por reacción, el despotismo totalitario: "Que no lo olviden todos los hombres pensadores, que no dejen de contribuir a la reorganización social fundada en nuestras creencias religiosas; que no pierdan de vista las clases ricas que su deber las obliga a procurar por todos los medios la moralidad de las clases inferiores y el granjearse su buena voluntad por medio del desprendimiento y de la beneficencia; que no se hagan ilusiones sobre lo remoto del peligro; a veces una débil ráfaga de viento empieza rizando ligeramente la superficie del mar y a poco rato se ha convertido en tremendo huracán, que estrella contra las rocas las naves cual quebradizos vasos de cristal" (81).

Tenía razón Balmes: "que no se hagan ilusiones sobre lo remoto del peligro": muy poco después de escritas estas palabras, el "Manifiesto del partido comunista" redactado por Engels y Marx siete años después, en 1848, iba a darle de nuevo razón a su clarividencia. Y hoy palpamos en carne viva sus consecuencias.

(79) *Ibid.*; BB XI, 30-31; BAC V, 464.

(80) *Ibid.*, artículo 3.º; BB XI, 78; BAC V, 489.

(81) *Ibid.*; BB XI, 83; BAC V, 491-492.

2. La alta política.

A veces se habla de "alta política" y de "política menuda"; como también se distingue entre la política como "ciencia" que nos da los grandes principios doctrinales, y la política "aplicada" que es la realización concreta de aquéllos a una situación particular y circunstancial.

Ya hemos visto en la breve ojeada sobre la biografía de Balmes que durante el período tan largo de su formación huía de tomar parte en ninguno de los lances a que se lanzaban frecuentemente con avidez casi todos los jóvenes que le rodeaban en medio de algaradas y de levantamientos improvisados en todas partes, quemando muchas veces en estos fuegos artificiales de un instante lo mejor de su juventud y de su vida.

Algo hizo Balmes en el orden de la política aplicada; por ejemplo, cuando intentó en los últimos años de su actuación evitar la lucha de las dos dinastías en conflicto mediante el matrimonio de las personas representativas de ambas, Isabel con el Conde de Montemolín. También llegó a formarse en el parlamento un partido balmista que, con el Marqués de Viluma al frente, obtuvo un grupo de 20 diputados en las Cortes y publicó un manifiesto de clara inspiración balmesiana.

No obstante, pronto comprendería que no era éste su terreno propio. Balmes pisa en firme cuando se levanta a la zona de los grandes principios doctrinales. De la política balmesiana así entendida escribió con su intuición y poder sintético D. Marcelino Menéndez y Pelayo: "Su misma doctrina política, tan conciliatoria, tan simpática, tan humana, tan aborrecida de los violentos, debe a la amplia base de su filosofía crítica y armónica el haberse salvado de aquella lepra feroz de fanatismo, de aquella especie de pedantería sanguinaria que por muchos años convirtió en Caínes a todos los partidos españoles" (82). Y conste que cito este texto

(82) *Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo,*

sin pensar en la posición política particular de Menéndez y Pelayo (prescindo de ello), y sin querer en absoluto desconocer los altos valores que defendían los partidarios de D. Carlos, que reconozco con veneración. Lo he citado meramente en el aspecto que he dicho, a saber, de los "grandes principios", que empapan toda la producción bibliográfica de Balmes, no sólo aquellos escritos que el mismo Balmes recogió en un tomo que él mismo publicó con el título de *Escritos políticos* (83).

Sus altos pensamientos políticos aparecen por doquiera; por ejemplo, hasta en su obra *El Protestantismo*: "¿Cómo queréis que el pueblo ejerza amplios derechos si procuráis incapacitarle para ello extraviando sus ideas y corrompiendo sus costumbres? Decís que en las formas representativas se recogen por medio de las elecciones la razón y la justicia y se las hace obrar en la esfera del gobierno; y, sin embargo, no trabajáis para que esta justicia y razón existan en la sociedad de donde se deberían sacar. Sembráis viento y por esto cogéis tempestades; por esto en vez de modelos de sabiduría y de prudencia les ofrecéis a los pueblos escenas de escándalo. Nos decís que condenamos al siglo, pero que el siglo marcha a pesar nuestro: nosotros no desechamos lo bueno, pero no podemos menos de reprobar lo malo. El siglo marcha, es verdad, pero ni vosotros ni nosotros sabemos adónde va. Una cosa sabemos los católicos, y para esto no necesitamos ser profetas: que con hombres malos no se puede formar una sociedad buena; que los hombres inmorales son malos; que faltando la religión, la moral carece de base. Firmes en nuestras creencias, os dejaremos que andéis ensayando varias formas, buscando paliativos al mal y engañando al enfermo con palabras lisonjeras; sus frecuentes convulsiones y su continuo malestar revelan vuestra impotencia; y dichoso él si conserva este desasosiego, indicio seguro

vol. 10, *Estudios y discursos de Crítica histórica y literaria*, por Enrique Sánchez Reyes, tomo 5. "Consejo Superior de Investigaciones Científicas", Madrid, 1942; *Quadrado y sus obras*, pág. 217.

(83) *Escritos políticos*. Colección completa, corregida y ordenada por el autor. Madrid, 1847-1848.

de que todavía no habéis conquistado plenamente su confianza; que si algún día consiguiérais infundírsela y se durmiese tranquilo en vuestros brazos, aquel día se podría asegurar que *toda carne ha corrompido su camino*, aquel día se pudiera temer que Dios quiere borrar al hombre de la faz de la tierra” (84).

La situación del mundo hoy día, con los dos bloques antagónicos armados hasta los dientes: uno de ellos que profesa abiertamente que está “sin Dios”; el otro que, sin negarlo con las palabras, se ha deslizado en grandes masas al indiferentismo, a una inmoralidad que hasta legisla la homosexualidad, el aborto, el nudismo, donde se difunden las drogas alucinantes, anegada en un materialismo práctico que sólo busca el bienestar: ¿no da todo ello la impresión de que Balmes, sin haber pretendido ser profeta, vio claro y profundo?

3. Ambiente político alrededor del folleto sobre Pío IX.

Es interesantísimo examinar lo que sucedió cuando se ofreció a Balmes la ocasión de publicar la última obra de su vida, el folleto titulado *Pío IX* (85).

Digo que es interesantísimo no sólo por el contenido mismo de este folleto político, que trataba de la política que Pío IX había iniciado en sus Estados pontificios, sino porque planteó a Balmes un caso típico, de estos en que casi se palpa con las manos lo que sucede cuando se baja desde la zona de los grandes principios a aplicaciones particulares. En la alta región de los principios doctrinales, un talento poderoso es capaz de ceñir claramente una proposición, separando una tesis de otras, demostrando que la verdad de una debe oponerse a la falsedad de otras; pero en la

(84) *El Protestantismo*, cap. 68; BB VIII, 238-239; BAC IV, 720.

(85) No digo que fuese el último escrito de Balmes, pues cuando la enfermedad de muerte paralizó su pluma en julio de 1848 estaba escribiendo un largo artículo que quedó sin concluir sobre la *República francesa* que siguió al destronamiento de Luis Felipe.

zona de la vida no viven "doctrinas", sino viven hombres que mezclan diversas doctrinas unas con otras, formando "bandos", "grupos", "tendencias", de modo que por pertenecer uno a alguno de estos grupos parece que ya sostenga todas sus doctrinas; y viceversa, por defender una persona una de las doctrinas de otro grupo, parece que le atribuyan todas las demás que van con él, aunque en realidad ante el filósofo sea todo al revés.

Un filósofo defiende por ejemplo como verdadera la tesis *A*: y no dice nada (o quizá rechaza) las tesis *B*, *C* que los de un grupo juntan con la primera. Rechaza la tesis *X* y no dice nada (o quizá admite) las tesis *Y*, *Z*, que los de este otro grupo juntan con la anterior. Aquel filósofo, examinando las cosas a la luz de grandes y luminosos principios, supongamos que opta por el grupo 1.º, *por cuanto defiende la tesis fundamental A*, que es verdadera (no pretendiendo decir nada de *B*, *C*, que el vulgo mezcla con ella); desecha el grupo 2.º, *por cuanto defiende la tesis fundamental X*, que es falsa (sin negar en absoluto las tesis *Y*, *Z*, que el vulgo le añade). ¿Qué sucederá de hecho el día en que vean que aquel filósofo defiende la tesis *A* verdadera? Sucederá que el pueblo, que a veces no llega a distinguir estos matices, le atribuirá también todas las otras tesis que en aquel bando se añaden a ella, *B* y *C*, aunque él en realidad haya prescindido de ellas o hasta tal vez las haya rechazado. Y lo mismo pasará cuando niegue la tesis *X* falsa, pues le atribuirán que niega *Y*, *Z*, que quizá él admitía como verdaderas, pero que en aquel bando se mezclaban con la primera. En teoría sí, están enteramente deslindadas las dos posiciones *A* y *X*; pero en la práctica no es así, porque los hombres forman grupos, bandos tendencias. Esta es una raíz terrible de incompreensiones, ataques infundados; calumnias, odios: en una palabra, todo el maremágnum de pasiones que agitan el mundo político.

Pues bien, esto sucedió también a Balmes cuando descendió desde la zona de sus altos principios, pasando a aplicarlos a una situación que existía de hecho: la política que había iniciado Pío IX en sus Estados pontificios.

En esta política pontificia estaban contenidos ciertos principios fundamentales, que ciertamente eran como el alma de Balmes. Por algo dijo Balmes en esta ocasión: "el Papa y yo nos hemos encontrado". Pero de hecho sucedía entonces que en toda Europa, junto a estos principios supremos papales y también balmesianos, estaban asociados otros muchos intereses y posiciones en los bandos y partidos políticos. Por desgracia sucedió lo que había de suceder: creyeron que Balmes "había pasado al otro bando", cuando en realidad él defendía que tanto los de un bando como los del otro, debían admitir "aquellos" principios, que eran los que en su dirección política había tomado Pío IX. Pero el pueblo, hasta el culto, por desgracia muchas veces no entiende la separación entre unas doctrinas y otras doctrinas, sino entre un bando y otro bando, sin advertir que junto a una doctrina buena, que puede caracterizar a un bando, pueda haber otras muchas quizá discutibles, quizá equivocadas, que uno no defiende por defender aquel punto característico; y viceversa, por tener como rechazable una doctrina que caracteriza al segundo bando, le atribuirán que rechaza todo lo de él, cuando en realidad quizá haya en éste muchas proposiciones probables y aun ciertamente verdaderas.

Entonces estaba de hecho dividida Europa. Como consecuencia de la Revolución francesa, una lucha se abría entre dos tendencias, que, si queremos, podemos designar convencionalmente con los nombres de "gobierno absolutista" y "gobierno liberal".

En el bando liberal había ciertamente algunos puntos radicalmente equivocados. Por ejemplo, que hacían raíz de la obligación y de la autoridad al pueblo. La Iglesia había de condenar, y condenó, el liberalismo así entendido: la obligación tiene su raíz en Dios, y de Dios viene la autoridad. Pero junto con estos principios, también había en el bando liberal otras cosas que no sólo no eran en sí malas, sino realmente un avance; por ejemplo, que aquel modo absoluto de gobernar de Luis XIV ya no era compatible con las legítimas exigencias de la persona humana; y que la palabra "democracia" podía tener un sentido bueno, el de tener en cuenta la voluntad de las personas, sin que "designar" el sujeto

que desempeñaría la autoridad tuviese que implicar el "crear" como última raíz la fuente de la obligación y de la autoridad.

Para embrollar más la situación se mezclaba con ello que en España los seguidores de D. Carlos tenían como emblema los grandes ideales de "Dios, patria, rey", mientras que los seguidores de D.^a Cristina y D.^a Isabel, ciertamente no habían puesto en sus consignas la palabra "Dios", aunque no hubiesen llegado tan lejos como en Francia, donde entronizaron a una mujer desnuda en un altar, llamándola "diosa Razón".

¿Qué política había de tomar el nuevo Papa cuando murió Gregorio XVI? Pío IX vio claro. Había en lo pasado cosas caducas, cosas perfectibles como todo lo humano, que no había que identificar con los principios de verdad perenne, que estaban ya en lo anterior y que habían de permanecer; había en la nueva era que se abría ante el mundo muchas cosas malas; pero reconocer lo bueno que en los tiempos nuevos había, era acertado. Esto era quitar pretextos al verdadero enemigo.

Fue elegido Pío IX el 16 de junio de 1846; el 17 de julio concedió una amnistía general. El 10 de marzo de 1847 creaba un Consejo de Ministros o consejeros para gobernar sus Estados; en fin, el 14 de marzo de 1848 otorgó una Constitución a sus Estados. Sus reformas y sus palabras mantenían bien claramente el sentido recto que su doctrina les daba: pero ¿qué fácil era que los de un bando lo tomasen como "suyo" y que los del otro bando lo mirasen como "enemigo", cuando en realidad ni era lo uno ni lo otro!

¿Qué escritor de gran prestigio habría entonces en España que fuera capaz de salir en defensa de la política del Papa, haciendo comprender que la Iglesia no estaba identificada con ningún sistema político particular, ni con unos ni con otros, sino con todos, con tal que respetasen todas aquellas verdades y los derechos de Dios, que si bien "de hecho" frecuentemente se identificaban con un bando, "debían" ser admitidos por todos? Desde luego, el escritor que se atreviese a esto, forzosamente sería "encasillado", "etiquetado" y, por tanto, maltratado como si perte-

reciese al bando opuesto. Bien se advierte al notar cuánto tardó Balmes en decidirse a escribir sobre este tema y cuántas indecisiones tuvo hasta que en octubre de 1847 empezó a redactar en Madrid su opúsculo sobre Pío IX.

¿Qué le decidió a dar este paso? Parece probable, como indica el biógrafo de Balmes, P. Ignacio Casanovas, que fue el Delegado Apostólico del Papa en España, Monseñor Brunelli, quien le sugirió que escribiera en favor del Papa. El hecho de que Monseñor Brunelli dijese de esta publicación "non senza mia intelligenza"; lo mismo que se diese tanta prisa Monseñor Brunelli en enviar al Secretario de Estado dos ejemplares, uno para el Secretario y otro para el mismo Papa (tan aprisa se los envió, que cuando desde Roma el Secretario de Estado le escribía a Madrid pidiéndole que se los enviase éste ya se los había remitido); lo mismo que el secreto y reserva de Balmes, que a sus amigos decía solamente que para escribir esta obra había tenido "poderosas razones", todo ello da pie para una sospecha muy fundada de que Balmes tomó la pluma por obediencia, hasta previendo el alud de calumnias, de ofensas y desprecios, que habían de llover sobre él, como efectivamente sucedió.

4. Resumen de la doctrina política de "Pío IX"

¿Cómo podría resumirse en pocas palabras el sentido doctrinal de la política de Pío IX, cuando concedió aquellas libertades democráticas, que no se oponían a los principios rectos?, ¿cuál fue su empresa?

Nos da este resumen el mismo Balmes con las siguientes palabras: "¿Cuál es la empresa? Conceder a la época lo justo y conveniente, negándole lo injusto y dañoso; mejorar la condición de los pueblos, sin precipitarlos en la anarquía; prevenir la revolución por medio de la reforma, quitándole a la impiedad motivos, ya que no es dable impedir que tome pretextos; privar de fuerza sus declamaciones, haciéndolas huecas por la falta absoluta de

razón; cimentar un orden político y administrativo que se sostenga por sí propio, sin necesidad de bayonetas extranjeras (86); desarrollar en los Estados Pontificios un espíritu público que los prepare para atravesar sin trastorno las profundas vicisitudes que ha de sufrir la Europa; hacer lo posible la duración de la soberanía temporal de la Santa Sede (87) no obstante la transformación de las ideas y costumbres de los pueblos; en una palabra, resolver para lo presente el problema que sus antecesores han resuelto cada cual para su tiempo respectivo; conservar la unión de la supremacía espiritual con la soberanía temporal; es decir, una condición que no podría faltar, sin gravísimos inconvenientes para el ejercicio de la autoridad pontificia, y por consiguiente sin gravísimos males para la Iglesia universal" (88).

Y prosigue diciendo: "Esta es la empresa de Pío IX; al menos tal la concibo en mi humilde opinión; empresa, sí, lo confieso, sembrada de dificultades, erizada de riesgos, rodeada de abismos: el problema es más complicado de lo que parece; no se resuelve, ni cantando un himno, como los patriotas italianos, ni invocando el amparo de las bayonetas austríacas. La situación de la Italia, las condiciones especiales a que están sometidos los Estados Pontificios, el carácter de la civilización moderna, el curso de las ideas, el espíritu de la época, todo se combina para producir por un lado necesidades, y embarazar al mismo tiempo la satisfacción de ellas, suscitando obstáculos y creando peligros" (89).

Alude en seguida a los "ratos amargos" por los que pasaba Pío IX previendo los males que haciendo un bien también podrían surgir; y añade que este mismo sufrimiento "abona su pre-

(86) Alude con estas palabras al Austria imperial de Metternich, con su influjo sobre el norte de Italia.

(87) Adviértase qué bien matizada está la frase de Balmes: "hacer lo posible" para la duración de los Estados Pontificios. Con ellas se advina lo que Balmes preveía; pero que en esta materia era la prudencia la que le obligaba a hablar como hacía.

(88) *Pío IX*, cap. IV; BB XXXII, 276-277; BAC VII, 963-964.

(89) *Ibid.*; BB XXXII, 277; BAC VII, 964.

visión". Pero hay que vencer la pusilanimidad: "Como quiera, no conviene apocar el espíritu con ideas estrechas o sentimientos poco elevados: la previsión es una gran cualidad, pero el miedo exagera; señálense en buen hora los peligros, pero no nos sobresaltemos fácilmente por cada noticia que llegue de un pequeño motín" (90).

Examínese qué ha pasado con las dinastías; con las "repúblicas de Italia que se prometían la inmortalidad a la sombra de la libertad y de la independencia"; con el meteoro genial de Napoleón. ¿Qué ha quedado de todo ello? Por esto hay que ir con mucha cautela cuando se habla de Roma; hay en ella algo misterioso, algo divino. ¿No nos parece oír en estas palabras un eco lejano de lo que el mismo Toynbee en nuestros días ha reconocido, trasponiendo ideas semejantes al ocaso de las grandes culturas y de los imperios históricos, radicalmente opuesto al prusianismo de Spengler, del que ahora nos sonreímos todos, cuando hace todavía muy pocos años era para gran parte de Europa el santo y seña indiscutible? "Grande enseñanza para no aplicar a Roma el argumento de analogía sin mucha cautela, sin numerosas correcciones; grande enseñanza que domina el ánimo y lo pone sobre sí, para considerar que hay en Roma algo singular que hace fallar los cálculos de la política humana; grande, convincente enseñanza, pues no se funda en utopías, sino en hechos, los que, pareciendo un hermoso sueño de una fantasía poética, son una incontestable realidad histórica" (91).

Hace todo lo que puede —se adivinan los esfuerzos de su noble corazón— para alentar la idea de los Estados Pontificios, sin ser él causa de precipitar acontecimientos; pero ve claro. Ante todo, son magistrales aquellos párrafos que dedica a Rusia y a su verdadero potencial; aquel párrafo en que habla de Francia, que hasta si un día fuese vencida por Rusia acabaría inoculando en ella sus propias ideas y venciendo al vencedor (92).

(90) Ibid.; BB XXXII, 278; BAC VII, 964.

(91) Ibid.; BB XXXII, 280; BAC VII, 965.

(92) Ibid., cap. V; BB XXXII, 290-291; BAC VII, 971.

Balmes vio claro: "En el porvenir de Europa hay dos luchas, la de los gobiernos y la de las ideas: en aquélla descuellan la Inglaterra y la Rusia, potencias anticatólicas; en ésta sobresale la propaganda francesa, plagada de volterianismo con disfraces modernos. ¿Qué se infiere de aquí? Lo que se infiere es que no conviene contar con apoyo extranjero; que es preciso desenvolver las fuerzas propias; que es necesario no ligar la suerte con la de ningún poder político; que es urgente tomar una actitud en que las vicisitudes políticas de Europa hallen menos cosas que conmover, aprovechando cuerdamente lo que haya de bueno en el espíritu moderno para dar a las ideas una dirección justa y preparar a los hechos una transformación pacífica" (93). *Transformación pacífica*: tal era la política de Balmes; y así veía el designio de Pío IX cuando dijo "el Papa y yo nos hemos encontrado".

Y termina así este capítulo colosal: "¡Ay de los gobiernos que se duerman! ¡Ay de las instituciones cuyos custodios no vigilen para ir las acomodando a las necesidades de la época! El mundo marcha; quien se quiera parar será aplastado, y el mundo continuará marchando. La religión y la moral son eternas; ellas no perecerán: cuando los hombres crean haber pulverizado los cimientos del magnífico edificio, verán que el edificio no se desploma porque está pendiente del cielo; la corriente de los siglos arrebatará lo terreno, pero lo celeste durará. Mas, entre tanto, ¿quién es capaz de abarcar las oscilaciones, los trastornos que cambiarán la faz del mundo? ¿Quién no prevé las oleadas en que tendrá que flotar aquella navecilla que no puede perecer? ¡Ah! Cuando la historia nos muestra las revoluciones de ideas, de costumbres, de instituciones que nos han precedido; cuando la experiencia de todos los días nos hace palpar el cambio profundo que en todas partes se está realizando, la mente se abruma y anonada al pensar en los inmensos acontecimientos que se amontonan en el porvenir; y entonces, lejos, sí, lejos de extrañar, de ver con disgusto que un Papa, para prevenir mayores riesgos, arrostre otros

(93) *Ibid.*; BB XXXII, 291; BAC VII, 971.

menores, se admira uno de la sabiduría misteriosa que asiste siempre a la Santa Sede y que se manifiesta soberanamente en los momentos más críticos y terribles: entonces, lejos de experimentar despego por el santo Pontífice que ocupa la cátedra de Pedro, se levanta el corazón al cielo para implorar sobre Pío IX luz y fortaleza" (94).

En estas palabras se retrata Balmes de cuerpo entero.

5. Los riesgos.

Sí, ya había escrito Balmes su famoso pensamiento: "¿Queréis evitar revoluciones? Haced evoluciones" (95); pero no "concesiones de debilidad", sino porque teniendo tras sí el respaldo de todo el poder de la razón, de la verdad y de los hechos, este poder fuerte resulta blando; como al revés, el poder débil resulta tiránico, según dijo en otro de sus pensamientos: "El poder es violento cuando es débil" (96).

El débil que hace concesiones para atraer al violento, no sólo no se lo gana con ellas, sino que es arrollado y pisoteado por él; el fuerte, que por verdad, justicia y razón, hace las evoluciones que la misma realidad vaya exigiendo, quita las armas de manos del injusto y violento y puede paralizarle con la suavidad y la paz de un poder que no ha de luchar defendiéndose a muerte, sencillamente porque con razón tiene fuerza. En este sentido habla Balmes de las "evoluciones". Y sinceramente, ¿no hay en esto una profunda penetración psicológica y política, gran Filosofía de la Historia?

Sin embargo, hasta entendiendo así la palabra "evoluciones", ¿no hay también ciertos riesgos?

Es innegable; siempre los hay en todo lo humano. De hecho, hablando en concreto de los cambios democráticos que introdu-

(94) *Ibid*; BB XXXII, 291-292; BAC VII, 971-972.

(95) *Pensamientos*; BB XIV, 225; BAC VIII, 342.

(96) *Ibid.*; BB XIV, 213; BAC VIII, 335.

cía Pío IX, Balmes había dicho: *si se sostiene Francia, no pasará nada*. En el momento en que escribía estas palabras (antes de que se publicase su folleto *Pío IX*) todavía no había caído en Francia Luis Felipe; poco después cayó la monarquía. El folleto de Balmes sólo salió a luz a mediados de diciembre de 1847; el 22 de febrero de 1848 estallaba la revolución en París contra el rey Luis Felipe, que abdicó en su nieto, sin que las Cortes lo reconociesen el 24 de febrero y que proclamaron la República. La situación política de Europa cambiaba radicalmente. En Roma estalló el motín el 15 de noviembre de 1848, fue asesinado el primer ministro Rossi, y el 24 el Papa tuvo que huir de Roma para Gaeta, mientras los rebeldes se disponían a proclamar la República de Roma; a los seis meses de proclamada, los gobiernos de España y Francia enviaron una expedición militar a Roma, que devolvió al Papa sus Estados y dejó la puerta libre para que el 12 de abril de 1850 Pío IX entrase triunfalmente en Roma. Balmes ya no vio nada de esto, pues había muerto el 9 de julio de 1848. Pero si hubiese sobrevivido, habría podido decir otra vez: ¿lo véis? He tenido razón, los hechos me han dado la razón (97).

Pero aun corriendo estos riesgos, y mirando los hechos como ahora los vemos a más de un siglo de distancia, nadie discute que Pío IX vio claro cuando se decidió a hacer concesiones que le harían correr riesgos, a cambio de salvar unos principios supremos y verdades, que en todo momento salvaguardó, y quitar armas a la verdadera revolución: la parte de verdad que podía haber en medio del error. Las rectas evoluciones que no son claudicaciones.

Los párrafos de Balmes en su capítulo VII son dignos de meditarse: "Sin duda que lo más seguro para el momento era

(97) El 11 de febrero de 1848 escribía o fechaba un artículo reafirmando en todo lo que había escrito en *Pío IX* y añadía: "Repétiré, sin embargo, que, con tal que no sobrevenga una Revolución en Francia, el fuego de Italia se puede dominar" (*Política extranjera*, BB XXXII, 359; BAC VII, 1008); trece días después, el 24 de febrero, estallaba de repente la revolución de París que derribó a Luis Felipe.

dejar las cosas *in statu quo*; pero el Papa no habrá olvidado que, si bien las innovaciones han perdido a muchos gobiernos, también los ha perdido la tenacidad en la inacción, que contenta con lo presente no se cuida del porvenir; de la inacción, que por no sufrir hoy la molestia de una brisa, se expone a sufrir mañana los horrores de una tormenta" (98).

Por esto explica en seguida qué concesiones son auténtica evolución y cuáles son una mala claudicación: "Concesiones... nada más vago que esta palabra; la concesión puede ser un acto de prudencia o de temeridad, de fuerza o de flaqueza, de valor o de miedo: según las circunstancias, se deberá calificar la concesión; confundirlas todas en una clase sería discurrir con una pequeñez lastimosa. En política es peligrosa toda concesión que viene en pos de exigencias: aunque en sí misma fuera buena, trae consigo un gran mal, que es el desvirtuar a la autoridad, arrastrándola a remolque de los revoltosos. Por esta causa no hubiera procedido bien el rey de Nápoles concediendo ahora: en tales casos, ceder es suicidarse, está en peligro el orden público, la primera necesidad social; si la autoridad cede en medio del desorden, arroja el cetro en medio de la calle para que las turbas lo conculquen y lo hagan pedazos. Mas el conceder previniendo la exigencia, obrando con espontaneidad y con absoluta libertad, es ejercer uno de los actos más propios de un gobierno sabio, es satisfacer una necesidad antes que se convierta en exigencia, esto es, antes que se manifieste en hechos que harían funesta su satisfacción" (99). Esta es, a sus ojos, la diferencia que mediaba entre los tiempos de Gregorio XVI y los de Pío IX, y la diferencia que explica la distinta conducta del primero respecto de la del segundo; sin negar que aun así, aun hechas a tiempo y debidamente, siempre tales innovaciones" están sujetas a peligros" (100).

(98) Pío IX, cap. VII; BB XXXII, 293; BAC VIII, 972.

(99) Ibid.; BB XXXII, 293-294; BAC VIII, 972-973.

(100) Ibid.; BB XXXII, 296; BAC VIII, 974.

6. Libertad verdadera y religión.

No se opone la religión a la verdadera libertad, sino al libertinaje, que no es lo mismo: "La democracia es funesta cuando está falta de religión y de moral; pero es todavía más temible que la anarquía un monarca absoluto, cuyo gobierno adolezca del mismo vicio. La incredulidad sabe muy bien servir a los reyes absolutos y tomarlos por instrumento. Las formas nada le importan. Los incrédulos aplaudirán a la república como al despotismo: según los casos y las circunstancias, emitirán su voto en la convención o en un consejo de regalistas; ensalzarán los derechos imprescriptibles del pueblo o los del monarca, declamarán contra los tiranos o contra los que quieren usurpar las prerrogativas de la majestad; se harán partidarios de la independencia de las naciones, o se burlarán cínicamente de la muerte de un gran pueblo; llorarán sobre su tumba, o insultarán su última agonía. ¡Cuánto no se lamentan ahora de la suerte de la Polonia los discípulos de Voltaire! Y, sin embargo, la historia nos dice que mientras Clemente III, en 30 de abril de 1769, escribía a Luis XV, a Carlos III y a José II, exhortándolos a que salvaran la Polonia, Voltaire en sus cartas al rey de Prusia y a la emperatriz de Rusia se mofaba de los males de aquel país, adulaba bajamente a los soberanos que se proponían matar su nacionalidad, y, lo que es más singular, cubría de befa y escarnio a los caballeros franceses que habían ido a pelear por la independencia polaca" (101). Este es el verdadero fondo de la cuestión: cuál la fuerza revolucionaria secreta que en cada momento toma como ideal aquel pretexto de descontento o fallo parcial que puede servirle para encumbrarse.

Expone Balmes cuáles habían sido, según sus altos puntos de vista, las reformas políticas y administrativas que ya aquel año había concedido Pío IX: la amnistía, el Consejo y Senado de Roma, que no eran más que una mera municipalidad: dotar

(101) *Ibid.*, cap. IX; BB XXXII, 307-308; BAC VIII, 979-980.

a Roma de un Ayuntamiento. Fuera de ello, “el cuerpo verdaderamente político es el instituido por el *motu proprio* de 15 de octubre de 1847. Su nombre es *Consulta di Stato*. Este cuerpo no se parece en nada a los Congresos y Cámaras de otras partes: le podemos llamar en castellano *Consulta de Estado*, para dejarle un nombre característico” (102), estructura que examina a renglón seguido, tan matizada, que previene los dos extremos opuestos: que el pueblo imagine o bien que no se le tiene en cuenta para el gobierno, o bien que es él quien crea la autoridad pontificia.

“El Papa en la misma alocución habla con dignidad, pero con firmeza contra «los que, no teniendo nada que perder, aman los trastornos y las sediciones, y *abusan* de las concesiones que se hacen», en lo cual manifiesta conocer bien el terreno en que se halla. Si alguno insistiera, pues, sobre la posibilidad del abuso, no haría más que repetir lo que Pío IX ha dicho ya; y en verdad que no sería gran descubrimiento el de anunciarnos que se intentará abusar. Hay previsiones que, por lo vulgares, no merecen tal nombre; y el manifestarlas con énfasis merecería un dictado que no es preciso escribir” (103); pero esto no se opone a la recta evolución dentro del orden, como exponía Balmes: “Las transiciones repentinas son peligrosas; la habilidad de los gobiernos consiste en hacer transformaciones para evitar trastornos; lo que está significado en un dicho tan ingenioso en la expresión como profundo en su contenido: ¿Queréis evitar revoluciones? Haced evoluciones” (104).

Ya había señalado Balmes dónde estaba la verdadera raíz del desequilibrio que padecíamos en el siglo pasado y se ha prolongado y agravado en el actual; señaló esta raíz cuando escribió su primera gran obra *El Protestantismo*; y lo repitió en la última, su opúsculo *Pío IX*: “El protestantismo torció el curso de la civilización europea: sin esa calamidad, la Europa sería muy diferente de lo que es; pero las cosas es preciso considerarlas,

(102) *Ibid.*, cap. X; BB XXXII, 318; BAC VII, 985.

(103) *Ibid.*, BB XXXII, 323; BAC VII, 988.

(104) *Ibid.*, cap. XII; BB XXXII, 338; BAC VII, 997.

no tales como debieran ser, sino como son: y la Europa es lo que la han hecho los siglos anteriores. Dos principios fundamentales se hallan en el seno del protestantismo: el espíritu privado en materias de fe y la supremacía religiosa atribuida a la potestad civil. El primer principio conducía a la impiedad: empezando en Lutero, termina en Voltaire. El segundo se planteó desde luego, sin disfraz en Alemania y en Inglaterra, y contribuyó a desenvolver en los países católicos un espíritu regalista de mal género, que se agitaba ya más o menos desde tiempos muy antiguos: este desarrollo llegó a su más alto punto en la inconcebible coalición de príncipes que en el siglo pasado causó tantas amarguras a la Santa Sede" (105).

De ahí que en vez de auténtica democracia se pasase a demagogia impía: "Precisamente a la misma época daba sus últimos frutos la semilla del protestantismo: en vez de la democracia religiosa, se presentaba en la arena una demagogia impía. Estalló la revolución francesa; siguióle Napoleón: los potentados de la tierra se vieron hundidos en el polvo, y entonces palparon que no estaba en la religión el peligro para los gobiernos" (106).

Iniciado el desequilibrio, el péndulo no puede ya detener el movimiento; el mal está que en vez de hacerlo ordenadamente como en un reloj, salta sin resorte moderador, sin "motivaciones internas" (que han fallado al fallar la fe); es decir, sin los principios supremos, desde un extremos al otro: "El mundo civilizado es inteligente, rico, poderoso, pero está enfermo; le falta moral, le faltan creencias; la impiedad trabaja por establecer un funesto divorcio entre la religión y el progreso material e intelectual, divorcio que amenaza al porvenir de las sociedades modernas. El cristianismo, a más de traer a los hombres la salud eterna, salvó al mundo de una ruina completa; sólo él puede salvarle segunda vez de los males que le amenazan" (107): no los diplomáticos, que ni siquiera pueden sanar los males de su propio país, ni los

(105) *Ibid.*, cap. XIII; BB XXXII, 339; BAC VII, 997

(106) *Ibid.*; BB XXXII, 340; BAC VII, 997-998.

(107) *Ibid.*, BB XXXII, 344; BAC VII, 1000.

reyes, ni los demagogos "que esparcen por doquier sangre y ruinas; sólo puede salvarle el enlace del espíritu de progreso con la religión; y este enlace no se operará nunca si la empresa no es dirigida por un pontífice. Bien hace, pues, muy bien hace Pío IX en intentarlo" (108).

El no está por un bando ni por otro; él muestra que la religión está por encima de todo lo caduco, aunque acepte lo bueno que en cada momento el progreso contenga en sí, y rechace lo que se opone a los principios eternos: "Los hombres religiosos no deben entusiasmarse por una causa sólo porque oigan los gritos de libertad y fraternidad; pero tampoco deben hacerlo porque oigan orden y conservación. Lo que debemos buscar y amar, siempre y en todo, es la verdad y el bien" (109).

Tal es Balmes. Equilibrado y armónico; tan aferrado a la realidad tangible como lejano de las utopías; con los pies clavados en el suelo, pero con su cabeza levantada al cielo.

Reflexiónese si lo que él pensó y escribió cuando estaba en todo su fragor la crisis del siglo XIX, no tiene en gran parte vigencia en el angustiado siglo XX en que nos ha tocado vivir, llegando a las últimas consecuencias de haber derribado antes inconscientemente principios que nunca debieran haber atacado.

(108) *Ibid.*, BB XXXII, 344; BAC VII, 1000.

(109) *Ibid.*; BB XXXII, 346; BAC VII, 1001.

VII

EL ÚLTIMO MENSAJE

1. En plena tempestad.

Era obvio que una obra como el *Pío IX* de Balmes no fuese comprendida por el vulgo. Y no me refiero aquí al vulgo sin estudios, sino al vulgo de los intelectuales de moda, esos que cuando hacen propaganda con “las nuevas ideas” no hacen realmente nada “nuevo” más que seguir sumisamente lo que les ordenan sus maestros de un día de duración, “los nuevos” de otros países. Tampoco me refiero al vulgo de los intelectuales en sentido contrario, que imaginan defender “lo antiguo” cuando en realidad toman la mera “literalidad” de lo que a lo antiguo le dio su grandeza, sin el “espíritu” que lo informó; toman como si fuese tradición lo que en realidad es rutina. También éstos habían de oponerse a Balmes, como es evidente.

Por ello Balmes, que realmente pensaba y creaba, dando formas nuevas a principios nunca anticuados, sino antiguos, no podía ser comprendido a su alrededor en cuanto tocó cuestiones prácticas y concretas de la política. Se desencadenó contra él una verdadera tempestad. Había quienes en la calle le esquivaban sin ni saludarlo. Unos creían que Balmes al escribir esta obra se había pasado “al otro bando” —lo cual era falsísimo, pues Balmes nunca fue “liberal” en el sentido malo en que fue condenado por la Iglesia el liberalismo, sino en el auténtico sentido en que, anclado en la verdad, no temía las legítimas y cautelosas evoluciones que si se hacen sin ceder al ímpetu callejero de violencia, evitan revoluciones—. Otros creyeron también, equivocadamente en sentido parecido, que “había dejado el otro bando” y era de los suyos,

pero chocaban en seguida con sus escritos y palabras, no digamos ya con su conducta, pues nadie tan enemigo de la demagogia acéfala de aquellas democracias “sin motivaciones”, a las que Balmes siempre denunció como corroídas por un principio interno de desintegración.

Lo cierto es que en medio del sufrimiento que este folleto *Pío IX* le acarreó, su espíritu creció, aunque su cuerpo sufriese quebranto. Él no se inmutaba por un folleto anónimo (que ni le mereció contestación), ni por calumnias, ni por acusaciones infundadas; como tampoco se entusiasmaba por las alabanzas: todo “palabrería”.

Había escrito su obra en defensa de Pío IX movido por “muy poderosas razones que no me es dado explicarte ahora” (110), como escribía a su amigo Ristol, y son las que ya antes hemos indicado; además su espíritu se movía en una zona superior de alta espiritualidad, como se ve, por ejemplo, por su carta a su amigo García de los Santos: “En contestación a la de usted, digo que estoy completamente tranquilo: y que extraño que no lo esté usted más. Vaya, vaya, que si cosas tan pequeñas nos apocasen, ¿qué sucedería en los grandes infortunios? La verdad, la virtud, la conciencia, Dios; he aquí los puntos adonde debe uno dirigir la vista, lo demás pasa” (111).

2. Herido de muerte.

Y efectivamente ya todo pasaba rápidamente para él, pues se sintió enfermo. Por ello en esta misma carta ya decía que al día siguiente, el 14 de febrero de 1848, saldría de Madrid para Barcelona. A la vez huía de aquel remolino de pasiones políticas y cuidaría mejor su salud. Pero ¡qué lejos estaba de presentir su próxima muerte! Su espíritu indomable seguía forjando planes

(110) CASANOVAS, I.: *Balmes, etc.*, vol. III *Documents balmesians*; carta 312 (Madrid, 18 de diciembre de 1847), pág. 247.

(111) *Ibid.*, carta 316 (Madrid, 13 de febrero de 1848), págs. 250-251.

para el futuro. El 11 de enero todavía había escrito a su editor Antonio Brusi, hablándole de la probabilidad de que sus obras en adelante se valorasen más “atendida la juventud del autor” (112); y ya en Barcelona, en su carta del 8 de abril al mismo editor le escribe que está traduciendo al latín su *Filosofía Elemental*, que le pedían para ponerla como libro de texto en centros de enseñanza.

Aun acosado por la enfermedad, empezó a escribir un largo trabajo sobre la reciente República francesa; trabajo que ya quedó truncado definitivamente en el punto más interesante, la organización del trabajo (113), artículo en el cual, como siempre, no se interesa por lo que él llamaba “política de salón”, sino que se dirigía a los que buscan “la política grande, que se inspira en la consideración de la sociedad, y, levantándose sobre las miserias del momento, explica el pasado y augura el futuro”, como hace notar muy bien su biógrafo (114).

Pero la enfermedad le detuvo. El 25 de mayo escribe a su buen amigo de Madrid, el Marqués de Viluma: “dentro de dos o tres días salgo para Vich, obedeciendo al médico, que además me ha prohibido todo trabajo. Es verdad que tampoco puedo hacer nada; con tos, inapetencia, displicencia, escalofríos y unas noches de insomnio con mucha agitación” (115); y a su amigo Ristol le confesaba por aquellos días que escupía sangre, tenía tos y muchos pensaban que estaba tísico: ¡y al mismo tiempo le hablaba de que pensaba que los aires natales de Vich le devolverían la salud, y pensaba después de recobrarla hacer un viaje a Italia e Inglaterra!; ¡y que deseaba conocer personalmente al Papa, al Conde de Montemolín y a Cabrera!

A pesar de su resistencia y de sus grandes proyectos, dejó su residencia en Barcelona (calle del Gobernador, núm. 5, principal;

(112) *Ibid.*, carta 313 (Madrid, 11 de enero de 1848), pág. 248.

(113) *República francesa*; BB XXXII, 395 ss.; BAC VII, 1025.

(114) CASANOVAS, I.: *Balmes*, etc., vol. II, c. V., art. III, núm. 15. pág. 753.

(115) *Ibid.*, vol. III, carta 332, pág. 257.

muy cerca del sitio donde está el mejor recuerdo que a su inmortal memoria el P. Ignacio Casanovas podía dedicarle); y el 27 de mayo hizo su último viaje desde Barcelona a Vich, donde se albergó en la casa de una familia amiga, la de D. Mariano Bojons, donde se conserva hoy, como un museo, la habitación en que murió y su ajuar. En aquella casa tenía capilla, y por tanto podría celebrar diariamente la misa, según deseaba su corazón eminentemente sacerdotal, hasta cuando la enfermedad le impidiese salir de casa. Además en aquella amplia morada, casi diría señorial, estaría más retirado y recibiría pocas visitas.

Su habitación tiene un amplio balcón que se abre sobre el Montseny, bellísimo espectáculo de la naturaleza. Allí se asomaba Balmes, y contemplando aquella belleza exclamaba: "¡Oh Dios omnipotente! ¿Quién no se maravilla? Venid, ateos: asomaos a este balcón y creeréis".

Su hermano Miguel escribió el 8 de agosto (casi un mes después de la muerte de Jaime Balmes) a García de los Santos, explicándole qué temple espiritual tenía su hermano al llegar la hora de la verdad: "No puede V. figurarse la resignación con que ha sufrido sus padecimientos; nadie ha oído de su boca el menor lamento, sino siempre que iba bien; varias veces me dijo que poco le importaba fuese bueno o malo el fallo de los médicos, porque estoy, decía, conformado a la voluntad del Señor: sea de mí todo lo que Dios quiera. Preguntándole un amigo el estado de su salud, dijo: Muy bien; en mí hay dos hombres, uno espiritual y otro corporal; del hombre corporal no me ocupo" (116). ¡No se ocupaba! Parece que uno espontáneamente recuerda aquella frase que pronunció un testigo en el proceso de canonización de Santo Tomás de Aquino: "mientras escribía y componía el libro *Contra Gentes*, no tenía papel, sino que lo escribía en pequeños trozos, siendo cierto, por otro lado, que hubiera podido tenerlo; pero él no cuidaba de las cosas temporales" (117). Y algo parecido podría decirse de Fossa Nova, cuando se puso a comentar el

(116) *Ibid.*, vol. III; carta 564, pág. 527.

(117) *Proceso*, cap. VII; *Acta Sanctorum* 708 b.

Cantar de los Cantares, ya muy cercano a su muerte. Estos hombres dan la impresión de que su espíritu era demasiado poderoso para ocuparse en lo ínfimo y planeaba en zonas superiores.

Le vino entre tanto desde Roma una consulta sobre el derecho de nacionalidad, consulta a la que ya no pudo contestar; como tampoco había podido ingresar en la Real Academia Española para la que había sido elegido, pues pocos días antes del viaje a Vich (el 25 de mayo) escribía todavía desde Barcelona al Marqués de Viluma: "No sé si será preciso dar alguna satisfacción por lo de la Academia: lo dejo a la discreción de V." (118). Antes de que se cumpliesen dos meses iba a morir.

3. Nada tan fuerte como la Verdad.

Fue él mismo quien pidió que le administrasen el Viático, que recibió el 28 de junio. También pidió poco después la Unción, que le dieron el 7 de julio.

Su biógrafo Lladó dice que alguien le recordó en la conversación su reciente y última obra *Pío IX*, que había sido objeto de tantos ataques y ofensas; pero él contestó serenamente: "Si mil veces tuviese que escribirla, mil veces lo reproduciría tal como está, sin tocar una palabra" (119).

El 7 de julio estaba a punto de entrar en agonía, y le asistía su gran amigo (antiguo opositor a la canongía con él, y más tarde obispo de Teruel) Dr. Jaime Soler, el cual escribió: "¿Qué gozo da verlo de este modo inmoldado sobre el altar de la voluntad divina! El no quiere sino lo que Dios quiere". Era la serenidad, no de una posición estoica, ni de una naturaleza insensible, ni de pura apariencia —tenía la cabeza perfectamente clara—, sino consecuencia normal de una vida dirigida toda ella al mismo y nobilísimo fin.

(118) CASANOVAS, I.: *Balmes*, etc., vol. III, carta 332, pág. 257.

(119) Citado por CASANOVAS, I.: *Balmes*, etc., vol. II, c. V., art. III, núm. 20, pág. 771.

El mismo Dr. Jaime Soler es quien nos transmite este rasgo, buen compendio del resorte que movió al filósofo en toda su vida: "Yo le decía: Dr. Jaime, acuérdesese de que *anima nihil fortius desiderat quam veritatem* [el alma nada desea tan fuertemente como la verdad]. Dios es la Verdad suprema, y ¿qué felicidad mayor para un cristiano que ver a Dios? Advertí que este pensamiento le daba como un éxtasis de fervor. Efectivamente, éste era uno de los ideales más altos y profundos de aquella alma nobilísima. Una de sus máximas, que tenía consignada por escrito era ésta: Estamos sedientos de conocer la Verdad, y el premio que promete la Religión es el conocimiento de una Verdad infinita" (120).

Así terminó, a los treinta y ocho años de edad, el 9 de julio de 1848, aquel hombre que, por ser tan verdaderamente humano, sabía descubrir en todo un vestigio de Dios, y era por lo mismo profundamente divino.

Como nos dio la primera, así fue su última lección.

(120) Ibid., pág. 771.

VIII

¿QUE DIRIA HOY?

I. Es posible contestarlo.

Si dejándonos llevar por la imaginación nos forjamos la escena de Balmes viviendo hoy entre nosotros tal cual era a sus treinta años, cuando empezó como un meteoro fulgurante y rápido que quema su vida de ingente producción en ocho años, y nos preguntamos ante el espectáculo de nuestras sociedades europeas, supercivilizadas en lo técnico pero gangrenadas y desintegradas interiormente, qué nos diría hoy Balmes, podrá parecer juego de pura fantasía pretender dar una respuesta.

Sólo un profeta o un genio podrían dárnosla. Y como no pretendo ser lo uno ni lo otro, tampoco pretenderé dar una respuesta sobre todo lo que Balmes nos diría hoy.

Pero si no podemos dar una respuesta completa, podemos darla en cuanto a algunos puntos, con sólida probabilidad y por lo menos parcialmente. En este sentido no es difícil dar con esta respuesta. Basta examinar los grandes problemas que en su tiempo se le plantearon comparándolos con las grandes directivas que su genio intuyó; compararlos con los problemas de hoy, que tienen ciertas y grandes semejanzas con aquellos en muchos puntos (al fin nuestro siglo es en gran parte heredero del pasado), para deducir con una proporción, no matemática, sino de aproximación moral, el término desconocido qué es lo que nos diría hoy: cómo se traduciría en nuestro siglo y lenguaje su mensaje intemporal y perenne.

Naturalmente no pretenderé que mi respuesta haya de ser aceptada por todos: sólo tiene la probabilidad de quien da su

opinión después de haber examinado atentamente lo que sabemos de su persona y haber estudiado durante muchas horas sus escritos.

Doy por supuesto que habrá quien discrepe en algunos o muchos puntos, y hasta quien me los critique. Sólo le contestaría a ese tal que mejor que criticar sería que él mismo escribiese positivamente la respuesta. Este es el mejor modo para entablar un diálogo.

Pero por lo menos puedo iniciarlo. Para iniciarlo, voy a resumir algo de lo que está en el sentido de lo que Balmes nos diría hoy.

2. Al filo de su vida y escritos.

Podemos escoger dos modos diversos para dar esta respuesta: una consistirá en recorrer con una visión rápida su vida y los escritos que en su transcurso se insertaron, sin afanes sintéticos; otro consistiría en elevarse a una síntesis suprema, radical, desde la cual se vea la coherencia interna de su modo de reaccionar ante las diversas circunstancias de su vida y escritos.

Este segundo procedimiento sería más bello, pero correría más el riesgo de cierto subjetivismo en la interpretación. El primero no ofrecerá la belleza de esta unidad: pero da más a cada uno la posibilidad de confrontar la coherencia entre lo afirmado y lo que ya conocemos de Balmes.

Vamos a hacer, pues, según este segundo procedimiento, un recorrido rapidísimo, que nos sugerirá por lo menos algunas de sus respuestas fundamentales, ya que recogerlas todas no nos es dado siquiera intentarlo.

A) Lo primero que salta a la vista ante el proceder constante de Balmes en sus largos años de vida universitaria es lo que podríamos llamar su total despego de la política menuda (la que él llamó años después "la de salón"); y ello precisamente porque

lo que le interesaba era la política profunda de los grandes principios.

Con frecuencia vemos a nuestro alrededor qué fácil es a ciertos hombres superficiales, y a los que todavía no están suficientemente formados pero tienen todo el ardor de la juventud, entusiasmarse con un "slogan", especialmente si viene del extranjero y con el prestigio de un nombre o de un mito; y ya sin más los vemos entregarse a la agitación en pos de esta consigna. No sólo esto, sino que en vez de distinguir entre la consigna que pueda tener un lejano fondo de verdad y todo lo otro que la acompaña hiriéndole la imaginación, en vez de subir a la zona de los grandes principios para discutirla, descienden a la zona callejera del plante, del disturbio y hasta del motín. ¿Hay algo más absurdo que este modo fácil de hacer política?

El joven Balmes habría podido, como los más de los jóvenes que vivían a su alrededor, encasillarse entre "los blancos" o "los negros"; o hasta pasar de un bando al otro según las circunstancias; o adular para encaramarse, como nos dicen aquellos versos del viejo Hartzenbusch, en que ve el águila que desde su alto nido pregunta al caracol: ¿cómo pudiste, con andar tan perezoso, tan arriba subir a visitarme? "Subí, señora, contestó el baboso, a fuerza de arrastrarme."

Ya vimos que el modo de proceder de Balmes fue radicalmente opuesto. Sus años de estudio, precisamente porque quería ahondar en la alta política de los principios, fueron totalmente apolíticos en cuanto a la política pequeña, que con frenesí se agitaba a su alrededor. No quiere esto decir que fuesen apolíticos: sino apolíticos para la política menuda, la de banderías, la inconsciente, en la cual tantas veces los jóvenes de hoy, como los del siglo pasado o los del futuro quizá, derrochan su caudal de vida y de energías sin ver que si triunfasen aquellas consignas por las que alborotan sucedería que ellos serían las primeras víctimas del triunfo. No advierten todos los otros elementos que de hecho acompañan aquellas consignas populacheras que sedujeron la nobleza de un corazón joven.

Y tan enemigo como fue de esta embriaguez típica del joven —*hoi neaníai hybristikoi*, que decía Homero!— lo fue también para el extremo opuesto de la adulación. Recuérdese aquel discurso de su doctorado, cuando le habría sido muy fácil (y muchos lo esperaban) que adulase a quienes entonces tenían en sus manos el poder, que eran en aquel momento los liberales, y con ello asegurase su propio porvenir. Pero Balmes no lo hizo: en su discurso se mantuvo con la dignidad de un plano académico, sin mezclar ni una sola palabra de adulación política.

Pero hoy... ¿qué diría hoy Balmes a nuestros universitarios y jóvenes!, ¿no les diría que queman su vida en luz de bengala?

B) Balmes, en un ambiente muy revuelto de guerrillas, de cambios políticos y agitaciones constantes, nada favorables al estudio reposado, a la concentración, se consagró, por el contrario, a la reflexión, a un afán devorador de saber, a una lenta y honda "autoformación", como dice su biógrafo el P. Ignacio Casanovas. Veintiocho años escondido en que el mundo no supo nada de él; pero después... en siete años toda España le escuchó admirada; y todavía un siglo después es conocido y estudiado en todos los países cultos de Europa.

Cuando veo a los jóvenes de hoy día, que con frecuencia se sienten como dominados por una fiebre de exteriorización, de acción inmediata, de excitantes fuertes y embriagadores, siento la pena de pensar que a muchos de ellos les sucederá lo que a un cohete de feria que encienden una noche de fuegos artificiales. Un momento de agitación, y en seguida la caída en cenizas que pisa el mismo que le prendió fuego.

Hay en la sombra hombres perversos que saben muy bien adónde van y qué pretenden. Saben que el joven es siempre entusiasta, inflamable, dispuesto a entregarse a cualquier causa que con un deslumbramiento de aspecto noble le encandile para ser llevado adonde ellos quieren.

Balmes, cuando joven, no derrochó su vida de formación como hicieron tantos compañeros suyos de quienes hoy ni siquiera hay

memoria, quemados en la fiebre de una acción inmediata, que en un momento les permitiera cambiar toda la sociedad. El quiso antes de lanzarse saber adónde iba y por qué iría allá. Pero estos hombres que saben recogerse en el silencio y en el sufrimiento—el silencio y el sufrimiento forja los grandes caracteres— son precisamente los que después resultan eficaces en su acción. No tememos al ejército que se desangra en una embestida; tememos al ejército que sabe perder una batalla, y otra, y otra, pero evitará perder la última. El “Cunctator” de los romanos, el Escipión prudente frente al impetuoso Aníbal; el zar de Rusia que cedía un continente de terreno ante el arrollador Napoleón; que caía exhausto en su mismo terreno conquistado; o si se prefieren ejemplos más recientes, ahí tenemos la última guerra mundial. El enemigo más peligroso es aquel que “pierde” tiempo en prepararse, no aquel que “lo quiere ganar todo” de un golpe de mano.

¿Qué diría Balmes a los jóvenes de hoy, y a los hombres maduros, que tantas veces son presa del vértigo de la acción inmediata, escribiendo con espantosa inmadurez, lanzándose a las reformas sociales como si se pudiera cambiar todo con un pase de varita mágica, en un momento? ¿Qué les diría?

C) Balmes abordó como tema principal de su obra el estudio del Protestantismo a la luz de los principios de una verdadera Filosofía de la Historia. No combatía personas; combatía ideas. No agotaba sus fuerzas discutiendo hechos particulares sin significación ulterior, sino que buscaba en ellos una trascendencia.

Ciertamente en este punto de su estudio del protestantismo, Balmes, si hoy viviese, completaría mucho sus escritos, según ya lo hemos expuesto, sin negar nada de lo que con tanta verdad dijo. Pero estamos en tiempos de ecumenismo; en todas partes del globo ha hecho surgir el Espíritu Santo un ansia y un clamor de unidad. En estas circunstancias actuales Balmes estaría al frente del movimiento del ecumenismo. Pero ¿de qué manera estaría!

No con el falso ecumenismo que imagina que hay unión en

torno al "engaño", a la "confusión" que oculta los puntos discrepantes; ni en el falso ecumenismo que "mutila" verdades para que así no haya oposiciones (tan sencillo como cortar la cabeza para que no haya más dolor de cabeza); no el falso ecumenismo que "tiene prisa" e imagina que la historia corre tan rápidamente como el autobús que uno persigue para llegar a tiempo a la oficina. La historia sigue sus pasos con esta rápida lentitud de su majestuoso andar; y Roma es eterna, aunque a los impacientes les parezca que es "eternizadora". Balmes, ciertamente, hoy día añadiría mucho a lo que antaño escribió sobre el protestantismo.

Pero también, ciertamente, no olvidaría aquellos principios profundos, que expuestos, ya de un modo, ya de otro, permanecen como una fundamental Filosofía de la Historia y que él tan bien supo exponer. No sólo no los olvidaría, sino que se confirmaría en ellos al palpar con las manos cómo vamos hoy llegando a las últimas consecuencias de lo que a su luz en otro tiempo había dicho.

La falsa libertad del libre examen cree librarse de un yugo cuando se levanta contra la autoridad puesta por Dios; pero cae en otro yugo: el de la esclavitud de quienes están sujetos a la indiferencia y a la apatía, pulverizados entre meras "opiniones", de las cuales, por reacción (cuando los agobia la náusea y hasta la desesperación), van entonces al extremo opuesto del fanatismo y tiranía, con bandazos de un extremo a otro, como si una revolución no llevase entrañada en su seno la revolución siguiente que sobrevendrá a la primera. Si de la indiferencia se pasa al fanatismo, la revolución alocada contra el fanatismo hará caer de nuevo en la indiferencia, no en el justo medio, y preparará el camino al nuevo bandazo al extremo opuesto, con esta inestabilidad, que, según Balmes, radica precisamente en la rebelión contra la autoridad, perpetrada por el protestantismo con su libre examen. No han querido a un Papa y han tenido mil, a quienes se someten un momento ante el fogonazo de un prestigio o de un mito que los halaga, pero que abandonarán fríamente echándolo al olvido al cabo de muy poco tiempo. Mientras, el Papa sigue dando a la

Iglesia Católica esta admirable continuidad en la fe, con lo que descuella más que ninguno de aquellos otros mil papecillos que se fueron forjando a su gusto, era capaz de darles aquella firmeza del que está fundado en la fuerza misteriosa y profunda con que Dios a través de los siglos va sosteniendo siempre la misma roca que puso como cimiento.

¿Qué diría Balmes de la libertad de pensar?, ¿qué diría de aquel falso principio de que "el pensamiento no delinque", cuyas consecuencias extremas estamos palpando en nuestros días? Diría lo que dijo: que es falsísimo. Que el hombre está "obligado" a buscar la Verdad; y si más o menos advertidamente no se somete a ella por reclamar libertad contra esta obligación, más o menos gravemente pecará. Hay errores que pueden ser culpables.

Balmes hoy día seguiría denunciando la falsa tolerancia de quien por un lado dice querer tolerarlo todo (lo cual es falso); pero precisamente porque es falso e imposible, este tal empieza no tolerando la intolerancia, es decir, la posición de quien no admite "su" tolerancia, que no está fundada en la Verdad: "No es tolerante quien no tolera la intolerancia" (121) había escrito en uno de sus pensamientos. Con esta paradoja quería decir que con frecuencia quienes alardean de más tolerantes no lo son, pues no toleran que otros discrepen de sus principios. Y como decíamos, es obvio que procedan así por desgracia, porque siendo su principio falso, o se autodestruye si es llevado a fondo, o cae en una actitud insostenible si se detiene a medio camino sin justificación alguna. Si un Estado, cualquiera que sea, llevara a fondo una tolerancia total, no habría orden posible, ni ley, ni sociedad; si una ciencia o pensamiento cualquiera llevase a fondo este principio de la falsa tolerancia, por su misma hipótesis habría de tolerar la posición contradictoria a la suya, que por ser contradictoria la destruye, cayendo con esto en la posición de que todo es igualmente verdadero o falso, y por tanto bueno o malo, hundándose en la desintegración que destruye con el escepticismo

(121) *Pensamientos*; BB XIV, 221; BAC VIII, 340.

el pensamiento humano, y con el indiferentismo el nervio de la moral exigente y recta.

Pero a esto hemos llegado. Cuando Heine se quedaba admirado ante el sentido de firme solidez, que juntamente eleva a lo alto el espíritu, en el estilo de una catedral gótica medieval como la de Colonia, salió de su pecho aquel grito contra los hombres de hoy que ya no tienen la firmeza de dogmas, sino que están pulverizados en meras opiniones, y exclamó: "con opiniones, nadie construye una catedral". Y así hemos llegado hoy día a la gangrena que pudre nuestras sociedades de hoy, en que junto a un enorme progreso en la civilización técnica, hay tal carencia de motivación, que cunde la náusea en forma de revueltas, motines, vicios sociales, de quienes imaginaban ser como dioses. Una gigantesca estatua de oro y plata, pero con los pies de barro, como aquella que vio Daniel en Babilonia. Y quiera Dios que no suceda con nuestra civilización lo que Dios hizo con aquélla.

D) Hace unos años un profesor alemán de filosofía, Fritz Joachim von Rintelen, eminente figura dentro del ámbito de los filósofos católicos alemanes, en aquellos momentos en que cundía la fiebre del existencialismo, ya lo decía en su obra *Philosophie der Endlichkeit, als Spiegel der Gegenwart*: el existencialismo lanza al hombre un grito a la "autenticidad", pero no sabe decirle *dónde* está la verdadera autenticidad y lo deja así peor que antes, porque aumentando su sed no le da el agua que la saciaría. No hay "motivación".

En la pedagogía se tiende más a formar técnicos que hombres: sale un técnico excelente para regular un cerebro electrónico: pero el hombre tiene una dimensión que va más allá de la máquina; el hombre, quiéralo o no, dése cuenta de ello explícitamente o no, por lo menos confusamente se preguntará por qué y para qué vive: y como la técnica no le ha dado esta motivación, sentirá náuseas de su propia técnica, clamará —estos días ya lo están haciendo— contra las sociedades "de consumo" (es decir, de alto nivel económico): de modo que por un lado claman por el utópico

paraíso socialista de los comunistas, que precisamente no tienen más horizonte que el consumo de la masa, mutilando al hombre de toda dimensión noble y trascendente, como si el pensamiento del hombre no fuese más que "lo que come" (según podría decir el materialista Feuerbach): y así el tecnicismo (no la técnica bien radicada en la sujeción a la Autoridad divina) construye y destruye, protesta y no sabe por qué y para qué protesta. En el fondo de esta agitación febril y sin sentido está la gangrena de su apostasía de la Verdad.

Por desgracia este espíritu de rebelión que lanzó el protestantismo sigue actuando. Hay una lógica interna, la de los hechos, que es más fuerte que la de las tesis, antítesis y síntesis que imagina Hegel: y esta lógica interna no ha llevado al hombre, descontento de sí y de todo, a una síntesis de paz y felicidad, sino a la inquietud del revolucionario perpetuo, la "síntesis de la pulverización" (si esto pudiera llamarse "síntesis") en que el hombre es un desgraciado. Desgraciado sí, ante el monstruo del colectivismo marxista, queda convertido en un mero carnero: el fanatismo de falsas motivaciones ajenas, de quien no es capaz de tenerlas propias; pero también desgraciado, si sin tener motivación firme, porque es un carnero, sólo embiste con sus apetitos materiales en plena desbandada. Escribió en uno de sus pensamientos Eugenio d'Ors: "se ha hablado de la manada de carneros: pero ¡hay que ver qué sería una desbandada de carneros!" Hoy estamos en esto: estamos contemplando una espantosa desbandada de carneros.

E) Una sola rebelión cometió Balmes en su vida: se rebeló contra la rebelión. Perpetró esta rebelión siendo todavía un jovencito. Se había echado con pasión a estudiar los filósofos cuyo prestigio fascinaba, y advirtió pronto que aquel desconcierto era, como dice Balmes, una Babe!. Descubrió que, en el fondo, todo ello se debía a una actitud latente de orgullo, que les hacía tomar un método arbitrario; y él, decididamente, se rebeló contra la rebelión.

El hombre no se crea a sí mismo: se encuentra existiendo, ha recibido su ser. Se encuentra con una realidad que puede modificar según ciertas leyes: no crea él estas leyes con que influirá en la realidad. Hay dos actitudes radicalmente diversas: la que parte del hombre entero, tal cual es, lanzado por su misma naturaleza a la Verdad y al verdadero Bien, subiendo a través de este estímulo que cual aguijón clavado en su ser le hace buscar dónde están, a través de los bienes y verdades parciales, hasta Dios, fuente suprema, que es la Verdad y el Bien. Otra actitud opuesta es la de quien quiere hacer del hombre un pequeño creador, un diosillo de bolsillo, que juega trágicamente "a ser como dioses" (Gen. 3, 5); y para ello, aislando una sola facultad, imagina que a partir de un punto mágico que ha captado podrá reconstruir y crear toda la realidad.

Balmes optó por la primera posición: y así llegó a esta pacificación anhelada: humano y por ello divino, como quien por ser enteramente fiel al ser del hombre llega hasta su Principio Dios; y anclado en Dios, se hace más plenamente hombre.

Quien opta por la otra posición, ¿a qué término llega? Cuentan de Guillermo Dilthey que, cuando ya anciano, sus discípulos un día le rodearon para homenajearlo, les dijo: Sí, ya sé qué buscáis de mí, buscáis que os dé respuesta sobre el sentido de la vida, y no os lo puedo dar.

Y ¿por qué no se lo podía dar sino porque en medio de su larga labor se oponía a la verdad "universalmente válida", como si tuviese que entenderse al modo del racionalismo hegeliano "exhaustivamente válida", absolutamente absoluta, sin descubrir que entre ambos extremos hay un término medio, que es nuestra metafísica de la tradición cristiana, que reconoce en la realidad vestigios que lo llevan a admitir lo "universalmente válido" no como un *principio* humano creador del ser, sino *vestigio* de Aquel, que por ser Infinito, puede dar razón de la absoluta universalidad y necesidad que aprehendemos a través de nuestra captación del ser? Oponiéndose a Hegel y al racionalismo, fue a parar, sin pensarlo, en un historicismo relativista. ¿No eran sus intenciones

ser relativista? Ya lo sabemos. Pero "hic Rhodus, hic salta": lógicamente quedaba sumergido en la historicidad, sin poder explicar por qué no habría de ser también puramente histórica su visión de la historicidad, cayendo con ello de nuevo en el marasmo del escepticismo, en el de una motivación inmotivada.

En el extremo opuesto tomemos a un típico racionalista: Fichte. El discípulo de Kant que más duramente criticó su criticismo haciéndole ver la contradicción de establecer un nóumeno o existente "en sí" totalmente inasequible al entendimiento humano, pero alcanzado por el entendimiento humano al decirlo. Con ello negaba ya todo nóumeno, y encerrado en el propio "yo", como en un dioscecillo de bolsillo, quiso hallar en él un principio deductivo y explicativo del misterio de la realidad y de la vida. ¿Podría alguien imaginar que en él no hubo nada de "opción libre" por ser tan racionalista?, ¿qué era su mera *razón* quien filosofaba y no el *hombre* entero mediante su razón? Si alguien lo imaginaba así, está muy equivocado, porque el mismo Fichte es quien lo desmiente cuando dice en la primera introducción de su *Wissenschaftslehre*: Depende de la clase de hombre que uno *es*, la clase de filosofía que *elige*; pues no es un sistema filosófico como un mobiliario sin vida, que uno pueda a capricho tomar o dejar, sino que está vivificada por el espíritu del hombre que lo tiene.

Y así eligió él una filosofía en que el centro de la racionalidad fuese el pobre "yo" humano, como a modo de principio supremo explicativo de toda la realidad, que ni está en el "yo" empírico y contingente de cada uno, ni en un quimérico "super-yo" trascendental, que en realidad le sería trascendente, alcanzado por su pensamiento como cualquier objeto y predicándole "categorías" del pensar humano.

Balmes se rebeló contra esta rebelión; no busca una "verdad-semilla", de la que pueda *deducirse* todo y a su alrededor estructurarlo todo (sea partiendo de la mera aportación sensible, sea la mera intuición y deducción racional, sea la mera creación dinámica e instintiva); él busca humildemente —sí, humildemente— una "verdad-cimiento", en que se *apoyen* las demás para el pen-

samiento humano. No sistemas filosóficos unilaterales, que mutilan al hombre, sino el hombre entero, que, cuando viendo sus propios límites no llegue a más, vea razonablemente por qué no puede llegar a más, sino a conocer algo del Principio Supremo, Dios, que es la fuente del Ser y del Pensar: "El hombre no se hace a sí propio, se encuentra hecho ya; las condiciones de su ser no es él quien las pone, se las halla impuestas. Estas condiciones son las leyes de la naturaleza; ¿a qué luchar contra ellas? "A más de las *preocupaciones* facticias, dice Schelling, las hay *primordiales*, puestas en el hombre, no por la educación, sino por la *naturaleza misma*, que para *todos* los hombres ocupan el lugar de principios del conocimiento, y son un *escollo* para el pensador libre". Por mi parte, no quiero ser más que *todos* los hombres; no quiero estar reñido con la naturaleza; si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre, renuncio a la filosofía y me quedo con la humanidad" (122).

Esta actitud profundamente humana es la que da sentido a la obra de Balmes y coincide con el meollo de la "filosofía perenne" de la filosofía cristiana, que ni deprime el poder del hombre, ni lo superexalta a niveles utópicos, sino que por lo mismo lo conduce a Dios: "No puede haber dos razones humanas, siendo verdadero para uno lo que sea falso para otro; independientemente de toda comunicación entre los espíritus humanos y de toda intuición, hay verdades necesarias para todos. Si queremos explicar esta unidad es necesario salir de nosotros y elevarnos a la grande unidad de donde sale todo y adonde se dirige todo. Este punto de vista es alto, pero es el único; si nos apartamos de él no vemos nada; estamos precisados a emplear palabras que nada significan. ¡Pensamiento sublime y consolador! Aun cuando el hombre no se acuerda de Dios, y quizás le niega, tiene a Dios en su entendimiento, en sus ideas, en todo cuanto es, en todo cuanto piensa: la fuerza perceptiva se la ha comunicado Dios; la verdad objetiva

(122) *Filosofía Fundamental*, libro 1.º, cap. 34, *Resumen y Conclusión*; BB XVI, 347; BAC II, 209-210.

se funda en Dios: no puede afirmar una verdad sin que afirme una cosa representada en Dios. Esta comunicación íntima de lo finito con lo infinito es una de las verdades más ciertas de la metafísica; aunque las investigaciones ideológicas no produjesen más resultados que el descubrimiento de una verdad tan importante, deberíamos tener por muy aprovechado el tiempo que hubiésemos consumido en ellas" (123).

Su filosofía huye de métodos unilaterales, puramente analíticos, utópicos; tiene afán de objetividad y de verdad; "Hay verdades de muchas clases porque hay realidad de muchas clases. Hay también muchos modos de conocer la verdad. No todas las cosas se han de mirar de la misma manera, sino del modo que cada una de ellas se ve mejor. Al hombre le han sido dadas muchas facultades. Ninguna es inútil. Ninguna intrínsecamente mala. La esterilidad o la malicia les vienen de nosotros, que las empleamos mal. Una buena lógica debiera comprender al hombre entero, porque la verdad está en relación con todas las facultades del hombre" (124).

Ya hemos recordado la frase que el Cardenal Pla y Deniel pronunció en aquel memorable discurso en "Balmesiana", cuando dijo que si tuviésemos que buscar para Balmes un título, no daría en llamarlo "doctor humanus". Sólo añadiría que precisamente por ser perfectamente fiel al hombre, por esto también es "doctor divinus", porque el hombre lleva grabado como un sello indeleble en lo más íntimo de su ser el llamamiento a la Verdad, al Bien, que sólo lo deja descansar en Dios.

Pero ¿qué diría Balmes hoy día, cuando vemos que cunde a nuestro alrededor la filosofía —o mejor diría "las filosofías"— como mera "moda", como "prestigio", como mera "erudición" de teorías y de nombres pomposos? No buscan la Verdad; buscan el brillo del relumbrón; y entonces, ¿por qué sorprenderse de que se traguen inconscientemente tanto un materialismo dialéctico, mar-

(123) *Filosofía Fundamental*, libro 4.º, cap. 27, núms. 173-174; BB XVIII, 154; BAC II, 491.

(124) *El Criterio*, cap. 22, § 60; BB XV, 349; BAC III, 754-755.

xista (que mutila las más íntimas aspiraciones del ser humano hacia una perennidad personal y a un Bien supremo), como que se alisten a cualquier demagogo de sangre caliente, o al último grito del soñador de moda —que durará sólo unos pocos años—, o que finalmente, cansados, caigan en un escepticismo deprimente que no les libra de los embates de la inmoralidad, contra los cuales el hombre necesita motivaciones firmes?

Sin duda, Balmes repetiría hoy día que lo fundamental es el afán de verdad, de objetividad, y —¿por qué no, si está contenida en ellas?— la humildad con que la filosofía secular cristiana ha dado a la vida un sentido y sentido ennoblecedor, que lo lleva como por la mano a la maravilla de la Revelación.

F) Esta misma falta de motivación de nuestras sociedades contemporáneas la señalaría Balmes en la sociología. Ahora parece que para muchos todo se reduce a lo “atómico”, como en el siglo XIX para muchos el progreso estaba cifrado en “el vapor”, que movía las primeras máquinas y motores: “*La civilización es el vapor*. ¡Qué absurdo! Esto define a algunos economistas” (125), escribió en uno de sus pensamientos.

¿Qué diría hoy? “*La civilización es el cerebro electrónico, la fuerza atómica*. ¡Qué absurdo! Esto define a algunos economistas.” Sí, a no pocos economistas y también a no pocos moralistas, para quienes la moral se equipara a mera estadística de hechos, como si el “derecho” no fuese más que el mero “hecho”; es decir, como si el hombre fuese el *creador* de sí mismo y de las leyes que lo rigen. ¿Lo que todos *hacen*, esto será ya lo que *deben* hacer, lo que *debe* hacerse?

Balmes nos diría, por el contrario, que la civilización verdadera no se da sino con la integración que extienda al máximo posible tres factores, que son juntamente con el máximo desarrollo posible de la inteligencia a los más que se pueda, el máximo bienestar a los más que se pueda, y con ello también el *máximo de moralidad* al mayor número de hombres a quienes se pueda extender.

(125) *Pensamientos*; BB XIV, 206; BAC VIII, 331.

Cuando un organismo crece con buena salud, crece armónicamente. Si una función se exagera o un órgano se hipertrofia, es muy posible que otro se atrofie. Nuestra sociedad occidental de hoy está completamente descompensada porque ha hipertrofiado el desarrollo técnico y el bienestar material de un gran número, sin hacer avanzar paralelamente la moralidad del conjunto. Ciertamente ha crecido en amplias zonas el respeto mutuo, el respeto a la dignidad de la persona humana, el aspecto externo de la conveniencia y del decoro (¡y aun esto con qué enormes fallos, que no han impedido que en pleno siglo xx asesinasen fríamente a millones de hombres y mujeres en los hornos crematorios o de gas de Dachau y de Auschwitz, por ser de otra raza!); pero esta disposición humanitaria, por buena que sea, es sólo un barniz superficial. Una copa dorada no es de oro. Basta un pequeño roce para que salga afuera el hierro. Por esto, junto a esta capa superficial de la conllevancia y respeto mutuos, hay en lo hondo una verdadera gangrena de inmoralidad.

El momento en que Estados que se creen civilizados llegan a legalizar la homosexualidad, el aborto; cuando los hombres con sus apetencias de bienestar, excitadas por los atractivos deslumbrantes de la técnica y del bienestar se lanzan con una verdadera obsesión a lo sexual, como vemos hoy día, aquella civilización está gangrenada por dentro, no hay verdadera civilización. Esta sociedad está vieja, caduca, y podría Dios borrarla de la faz de la tierra como antaño hizo con Sodoma.

A un amplio sector de hombres, entonces el nombre de Dios estorba. Quieren centrar la civilización y el porvenir en el mero hombre. Del hombre vendría crear la fuente de la autoridad y de la obligación; del hombre vendría toda la verdad, tanto filosófica como la de la misma palabra revelada, que intentan constantemente interpretar de un modo naturalístico; del hombre vendría la moral; ya no entienden el sentido cristiano de la palabra "abnegación", "sacrificio", "oración", y sólo tolerarían un cristianismo de catacumbas.

El límite adonde lleva esta línea curva, ¿cuál es? Basta pro-

longarla según su ley de formación para verlo: el límite a que va es una autodestrucción, sean cuales sean los síntomas parcialmente progresivos y los desvíos accidentales o los retrasos temporales.

¿Qué diría hoy Balmes, que basándose en las leyes de su Filosofía de la Historia (que para él es la religión, dice), que diría cuando predijese lo que sucederá, si nuestro mundo occidental no se decide a dar un viraje de ciento ochenta grados?

¿Que soy pesimista y exagero? También lo decían de Balmes en su tiempo. Pero el tiempo transcurrido le ha dado la razón. Las generaciones que nos seguirán dirán si he tenido acierto o no al interpretar lo que hoy nos diría Balmes.

G) También en la política, Balmes tendría mucho, muchísimo que decirnos hoy día.

Hablamos mucho de democracia, del respeto a la dignidad del hombre. Pero Balmes, que ciertamente no rechazaba la democracia bien entendida, más aún, que mostraba cómo la Iglesia no era enemiga de la libertad rectamente fundada y limitada, decía también que tanto más podrá extenderse la democracia, en iguales circunstancias, cuanto más recto, justo y moral sea el hombre. Sin esto, la democracia no es sino una etiqueta que no impide que pase en Hungría lo que pasó en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. ¿Esto es la democracia?

Precisamente hacía notar la diferencia que hubo entre las instituciones democráticas de Estados Unidos y Francia, cuando en Norteamérica nació invocando en sus leyes el nombre de Dios, mientras en Francia había nacido a raíz de una persecución sangrienta contra la religión y entronizando la "diosa Razón", una mujer desnuda, en un altar. Y él veía ahí una de las causas de la manera tan diversa como se ha desarrollado la democracia en una y otra nación.

En cuanto a España, hubo desde 1812 lo que señala el biógrafo P. Casanovas exponiendo a Balmes; "una democracia sin pueblo"; o como dice el mismo Balmes, nunca fue realmente menos consultado el pueblo que cuando se le decía que era soberano. En

vez de hacer subir por una progresión lenta y ordenada al pueblo que tenía enormes tesoros de fe, añadiéndole una recta y ordenada participación en el poder, se la impusieron de golpe y a la fuerza de bayonetas, procedimiento muy poco democrático. ¿Qué sucedió? Lo que había que suceder. Todo un siglo de guerras y atrocidades, en que llegamos al nivel más bajo como nación. La democracia no consiste meramente en que un ciudadano dé un voto, sino en que pueda darlo conscientemente, dignamente, orientándolo todo al bien común de la sociedad. Pero ¿es esto lo que les preocupa a los que van por ahí clamando por la democracia?

Balmes se esforzó en demostrar que la Iglesia no es enemiga de la libertad bien entendida. La libertad es bien entendida cuando no se considera al hombre creador, es decir, cuando no se toma una libertad sin límites, como si el fin fuese "poder querer", no "poder querer bien". Si se toma la libertad sin límites, también habrá libertad para negar la libertad. Y si se me contesta que la ONU en su carta de los derechos del hombre ha puesto como uno de sus "considerandos" que no puede tomarse ocasión de uno de estos derechos para negarlos, no faltará algún discípulo de Sartre —para quien el hombre "es" libertad— que responda que si siendo "libertad" estableció hoy estos "considerandos", ¿por qué no puede negarlos mañana?

Como el hombre no se crea a sí mismo, sino que recibe dado su propio ser, tampoco crea la Verdad, que ha de descubrir radicada en el Ser, no crear a su capricho; por tanto, tampoco crea el Bien fundado en la verdad del ser: por esto el hombre no es libre para no ser libre, como no es libre para crear el Bien al cual tiende por su mismo ser. Es libre para buscar *dónde está el camino* que conduce a la Verdad y al Bien, a que tiende por su misma naturaleza, pero que en la vida presente se le esconde (en esto radica la raíz de la prueba de la fe, de la vida moral, de la vida ascética de perfección y santidad): ¿de qué bien hace "su" Bien? Por tanto, así como el hombre no es libre para no buscar la Verdad, sino que está obligado a buscarla, tampoco es libre

para no buscar libremente el Bien, que él no crea, sino cuya misteriosa atracción siente en lo más íntimo de su propio ser.

Por consiguiente esta libertad no es ilimitada, sino que discurre entre cauces señalados por Dios. Si el hombre se rebela imaginando crear la Verdad y el Bien, crea un ídolo, al cual nombra "su" bien, en vez del Bien Supremo: que este ídolo sea de piedra y metal como hacían los pueblos paganos antiguos, o que sea "la" ciencia, o "el" porvenir de un progresivo avance humano hacia un término utópico divinizado (como la falsa sociedad futura del comunismo marxista), o "el" placer, etc., da lo mismo: siempre el gesto es el mismo del principio: "seréis como dioses" (Gen. 3, 5). Es el gesto de la idolatría, que rompe el orden del Ser, abandona la Verdad, destruye el Bien.

Por esto van sucediéndose estas constantes oscilaciones entre revueltas y represiones; entre la petición de siempre, mayor libertad, que al caer en la anarquía busca una fuerza opuesta por reacción, que tanto puede ser el Estado de Hegel, casi divinizado, o el mito de la raza, como el "paraíso" socialista de un mundo utópico (126); y si no llega a tanto, crea de momento una fuerza que contenga la disgregación para negarla al día siguiente. En el fondo de todos los movimientos históricos y políticos hay una raíz moral: por esto decía Balmes que "la religión es la verdadera Filosofía de la Historia".

(126) Hacemos notar a este propósito la importancia del Libro siguiente: DE SAGARRA Y DE CASTELLARNAU, Fernando: *Encrucijada. Jaime Balmes (1810-1848), Carlos Marx (1808-1883). Prefacio*. "Publicaciones Cristiandad" (Barcelona, 1957). En el cap. IV, pág. 31, dice: "Cuando Balmes murió, a los treinta y ocho años, Marx contaba solamente treinta y dos, y todavía no había empezado a ser conocida su obra redentora. No obstante ello, presintió Balmes a Marx y lo juzgó mejor que nadie lo juzgara. Balmes se dió perfecta cuenta de la cuestión social, que se nos venía encima con pasos agigantados". Y cita a continuación varios textos balmesianos para confirmar su aserto. Finalmente, en el capítulo XII, pág. 127, vuelve a afirmar: "En *El protestantismo comparado con el Catolicismo*, Balmes tiene una visión profética de nuestra Encrucijada." Y aduce en su confirmación todo lo que sigue del capítulo.

Ciertamente, si Balmes viviese hoy día, tendría muchas cosas por decir, muchísimas; y las diría con la limpieza y profundidad con que ya en cierta manera las entrevió en sus causas el siglo pasado y las denunció con valentía.

Balmes, esencialmente equilibrado, ponderado y armónico, apasionado por la Verdad, humilde y religioso, tiene hoy día un gran mensaje que dar a los hombres de hoy.

Y si nuestros hombres de hoy, meditando más lo que hay de perenne a través de lo ocasional de sus escritos, supiesen escuchar su mensaje, no dudo que al conocerlo hallarían un mensaje de verdadera paz y felicidad.